

Comía de su mano larga

Cada mañana al abrir mi jaula yo comía de su
mano larga,
una mano sarmentosa y cálida palpaba mis alas
y arrancaba restos de semillas de mi pico.
Me posaba en su dedo índice y recorría
los amplios pasillos, las antesalas llenas de sol
donde otros canarios esperaban en sus cajas
el alimento del día. En su dedo veía nacer las góndolas
los aviones de pasajeros, las firmes vías de los trenes.

Cada tarde se sentaba un rato a leer.
El índice derecho pasaba las páginas
levantándolas ligeramente con la punta de la uña,
y yo lo miraba como si fuera tierra ajena o el eco
de un steamer que navega un río del norte.
A veces, excitada, le picoteaba las pepitas de la boca
cuando aparecían seguidas como en un juego de magia.
Otras, en vuelo de reconocimiento, veía desde el
comedor
su hombro como un nido donde aterrizar y quedarme
horas enteras olvidando el aleteo. En la calle
la intensa luz de los ventanales al caldear el piso
avisaba del cambio de estación previniendo
sobre la volátil temporada de la primavera.

De pronto el espacio ha crecido. Las cosas
parecen mirarse entre sí con más atención
y en la galería los pájaros han dejado sus trinos.
El dedo sarmentoso se llevó con él
el bullicio y el crujido de las láminas.
Ahora mis alas están menos lustrosas
y de mi pico cuelga una terca suciedad.
De día revoloteo por las habitaciones
vacías con desgana.
Las palabras viven al borde de sus sueños.
¿Pero debían desaparecer también
la vida de aguas salíferas, las raíces de mangle
en el montículo blando de su rodilla?
¿O supieron los otros pájaros
orientados hacia la salida
que el vuelo podía llegar a ser
esta secuencia de cuartos, cuadrados
y cuadrados sin tiempo, abiertos a la nieve
de la pintura caída, un cielo de azogue
desplomándose sobre la invención
de un invierno más deslumbrante?

Pero mira con cuidado hacia la casa, oye
el piolar ocasional de un gorrión encerrado
que choca en sus vueltas contra lo imposible.

Jardinero

Soy el jardinero y la flor.
Osip Mandelstam

Comías a deshora, indiferente
al destierro de tu familia
por un oscuro pecado ya prescrito
tu mutismo insondable, como cobre esmerilado
esperando su extracción.

Con un zumbido de abejas dispuestas
tus tajos en las matas de rosáceas
abonaban las raíces como la lámpara
del espeleólogo alumbraba las cuevas.
*Retira la maleza, levanta el musgo,
luego pasea los dedos por las espinas
que, como en una iniciación, estarán frescas.*

Solo por el emparrado jaspeando tu rostro
por el perfume a clavo delatando
tus manos dormidas como espadas
que disponen los cortes, oyéndote decir
Haz espacio para la vida
nos hemos acercado más todos estos años.

La casa se vendió. La rosaleda fue arrancada.
El barrio ha cambiado su fisonomía.
En otro lugar otra casa se reparó
se plantaron rosales de tres cuerpos de altura
que rompen en panojas de corolas de cinco
pétalos cóncavos a primeros de mayo.
Ahora vivo con un hombre abismado en su trabajo
de escritor como tú en tus flores,
duerme a mi lado sondeando cada segmento
en relación a partes de una historia mayor.
Interminable leche blanca de los tallos tiernos
sale de sus manos. En la distancia
ambos sois una frágil fórmula del amor,
yo misma una pequeña brecha con una gota
saliendo como el semen derramado,
una partícula de significado anterior a la vida.

Lugares vacíos nos encuentran
cuando ya no los miramos, tan brevemente.
En alguna parte un jardín recortado
cubierto con almizcle de pétalos,
contigo despuntando las siete hojuelas ovaes
y con el aire que despeina la mata plateada
de tu cabeza, la tonsura al sol enrojecida
entras a tu muerte con las hojas dentadas
con el oro chapado de la tierra que te viste.

D.B.

*echando la tierra sobre ella, como un respiro,
cosearla tiernamente, para que pueda
cosechar su muerte.*
Djuna Barnes

La paja atrae
las primeras moscas
del verano que inician
sus dibujos cuadriformes,
los caballos dormitan
aún cuelga heno de sus belfos,
gazapos de campo
se ajustan a su madriguera
como a una segunda piel,
la arenisca condensa el negro
y a mínima velocidad
los objetos se transforman
con el sol o la sombra
mientras algo del día
y de la vida
decrece.

Mujeres sin memoria se citan
en las páginas de Barnes
mujeres de deseos
hirientes en sus ojos
sin destino, oficiantes
de una sucia ternura
que se arropa
en los desperdicios
como en la muerte;
rostros apergaminados
de grandes arrugas
como pequeñas cordilleras,
sonrisas forzadas
solícitas de los abrazos
recibidos con prisa
o con descuido
y que borran el diente
de leche del horizonte.

Pero la palabra es
una memoria mayor:
cuento las veces
en que su voz
imploraba: *amor, amor*
y volvía mansas
a las ratas en los campos.

Escribir la ceniza

Rosa
Lentini

